

Año XXI. Núm. 18

Julio-Agosto, 1941.

BABEL

18

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

Homenaje a Guillermo Enrique Hudson
en el centenario de su nacimiento

Enrique Espinoza:
LA RECONQUISTA DE HUDSON

Luis Franco:
HUDSON EN LA PAMPA

Manuel Rojas:
EL ANIMISMO DE HUDSON

Ernesto Montenegro:
HUDSON, NOVELISTA DE LA NATURALEZA

Hernán Gómez:
EL RASTRO DE HUDSON

Ciro Alegría:
UNA LECCION DE HUDSON

Guillermo Enrique Hudson:
UNA LIBRERIA DE VIEJO; DOS CASAS BLANCAS: UN
RECUERDO; BRUNO LOPEZ O LA SOLEDAD

NASCIMENTO

BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

NUEVA YORK

Manuel Rojas

EL ANIMISMO DE HUDSON

Sabemos que todos los seres humanos nacen con una predisposición física, mental o espiritual propia, rica o pobre, mediocre o superior, determinada por su herencia genética. Si la predisposición es, en lo físico, pobre o mediocre, producirá fatalmente una personalidad física de la misma calidad e igual cosa ocurrirá si la pobreza o la mediocridad es de carácter espiritual o mental. En ningún caso podrá hacerse nada por mejorarla o convertirla en rica o superior y gran hazaña será lograr que se mantenga en su nivel de pobreza o de mediocridad. Si la predisposición es rica o superior, podrá producir una personalidad de la misma clase solamente en el caso de que las circunstancias o el medio sean favorables; si son adversos, más le valdría a ese ser humano, como a los personajes de tragedia, no haber nacido. Se perderá, y se perderá mucho más en lo espiritual y en lo mental que en lo físico.

A Guillermo Enrique Hudson, dotado de una predisposición mental y espiritual eminentemente rica y superior, las circunstancias y el medio le fueron favorables, y le fueron favorables no sólo para desarrollar esa predisposición sino también para desarrollar cualidades o virtudes que son comunes, congénitamente, a todos los seres humanos, ricos o pobres, mediocres o superiores, pero muchas de las cuales, las más preciosas, se pierden, cada día más, en medio de este extraño mundo civilizado.

Hudson era, en su tierra nativa, un extranjero: extranjero eran sus padres, extranjera la lengua que la familia hablaba y extranjeras la religión y las costumbres que observaban. En una palabra: el niño nació y creció en un ambiente totalmente extraño al lugar

B A B E L

geográfico en que le tocó nacer. Dentro de su casa el niño vivía en medio de un mundo que le era, física, mental y espiritualmente familiar, no por accidente sino que por tradición, pues todo él, desde los cabellos hasta los zapatos, estaba de acuerdo con ese mundo, por lo menos durante su infancia y en lo que a lo mental y espiritual se refiere. Pero cuando el niño abría la puerta de su casa y salía al exterior, un mundo completamente diverso se presentaba ante su vista: no se veían allí las dulces colinas de Inglaterra ni las praderas de Maine o de Massachussets, pobladas de descendientes de ingleses, galenses, irlandeses o escoceses, no; allí estaba la pampa argentina, extendiéndose por cientos y miles de kilómetros hacia el sur y hacia el oeste, poblada de indios bárbaros y de gauchos tan bárbaros como los indios, recorrida por centenares de hermosos caballos en libertad y habitada en sus pajonales, lomas, lagunas y ríos, por millares de aves exóticas o indígenas, pampa en donde un inglés, un escocés, un irlandés o un galés se sentía tan perdido y sólo como en las orillas del Alto Nilo o sobre el casquete de hielo del Antártico. ¡Qué no sería ese mundo para un cachorro de hombre extranjero! Pues si bien es cierto que todo ese mundo llegó a serle tan familiar como sus bolsillos, no es menos cierto que, genéticamente, estaba constituido, por siglos y siglos de herencia, para otro paisaje.

Esos dos mundos, aquél en que vivía y llevaba adentro y aquel que estaba afuera, se oponían y chocaban y la vibración de ese choque y de esa oposición hirió profundamente la sensibilidad del niño Guillermo Enrique, desarrollando en él aquellas cualidades o virtudes de que hablamos hace un momento, cualidades o virtudes que, como todo ser humano, poseía, pero que pudieron haberse perdido si el mundo de adentro hubiera sido semejante al de afuera.

Una de esas cualidades, la más preciosa que Hudson poseyó y desarrolló, es la que él mismo llama "animismo" o "sentido de algo en la naturaleza". Es esta la cualidad que, a mi juicio, hizo la grandeza de Hudson. Toda su personalidad, toda su obra, sus pensamientos y sentimientos están bañados por esta dulce y honda co-

rriente animista y las personas que han leído *Allá lejos y hace mucho tiempo*, *Días de ocio en la Patagonia* o *Mansiones verdes*, recordarán con qué justeza y profundidad habla de los árboles, de los pájaros, de los animales o de la simple tierra. Recordarán, por ejemplo, cómo, en *Mansiones verdes*, describe el canto de la mujer; cómo, en *Días de ocio en la Patagonia*, habla de un desierto que le gustaba visitar para sentir una sensación de soledad y de eternidad; cómo, en este mismo libro, habla del canto de los pájaros y de la expresión de la mirada en los hombres y en los animales; cómo, por fin, en *Allá lejos y hace mucho tiempo*, describe sus visitas a aquel terreno en que habitaba una serpiente negra.

Esa justeza y esa profundidad, ese ir tan adentro y derechamente en los seres vegetales o animales, esa asombrosa facilidad con que parece franquear la distancia que nos separa del árbol, del ave o del animal, advirtiendo en ellos y mostrando, con una simpleza casi mágica, la vida y los instintos que los animan, tiene sus raíces en la cualidad de que hablamos, pues esta cualidad, que parece ser más que nada la supervivencia de un reflejo de temor y de respeto del hombre primitivo ante la naturaleza, contiene en sí potencialidades intuitivas que permiten al hombre no sólo aproximarse a la esencia de lo creado sino que, en algunos casos, penetrarla. No debemos olvidar que el hombre fué en sus buenos tiempos algo que estaba muy cerca del animal y que los reflejos, buenos o malos, que lo dirigieron y lo ayudaron a existir en aquella primera mañana de su existencia, subsisten oscuramente en él y lo acercan, también oscuramente, a los seres que viven de reflejos o a las cosas, que los irradian o parecen, con su presencia, irradiarlos.

Para Hudson el animismo no significa el suponer que la naturaleza tenga un alma, no; significa la tendencia, el impulso, el instinto de animar todas las cosas, la proyección de nosotros mismos en la naturaleza, el sentir que en todas las cosas visibles hay una inteligencia como la nuestra, aunque mucho más poderosa. "Imagino que ese sentimiento —dice Hudson— persiste y vive en muchos de nosotros más de lo que quisiéramos o más de lo que sospechamos,

B A B E L

particularmente en aquellos que han nacido y se han criado en el campo, entre cerros, bosques, rocas, arroyos y cascadas, condiciones éstas particularmente favorables, pues forman un escenario que tiene para nosotros "asociaciones heredadas", como ha dicho Herbert Spencer. En las grandes ciudades o en los lugares muy populosos, allí donde la naturaleza ha sido dominada hasta el punto de aparecer como parte de la obra del hombre, convirtiéndose en algo tan artificial como las habitaciones en que el ser humano vive, ese sentimiento se marchita y muere en el principio de nuestra existencia; sus débiles sugerencias son rápidamente olvidadas y llega un día en que creemos que nunca lo hemos experimentado. Nos parece increíble que un sentimiento de esa índole pueda sobrevivir en el hombre o que haya habido en su infancia un momento en que haya podido mirar este mundo visible de modo diferente al que lo mira ahora, es decir, como un escenario sobre el cual tiene designado un papel breve pero importante, con un paisaje pintado en azul y verde como telón de fondo. Sé, sin embargo que en mí, por más viejo que sea, esa facultad primitiva que se manifestó en mi primera infancia, persiste todavía y que en la época de mis primeros años tenía una potencia tan grande que apenas me atrevo a decir hasta qué punto me removía".

Ese sentimiento no fué percibido por Hudson sino a la edad en que algunos niños empiezan a tomar conciencia del mundo y de las relaciones que pueden existir entre ese mundo y ellos mismos: alrededor de los ocho años. "Quizá —dice Hudson— este sentimiento había estado en mí desde mi primera infancia; no lo sé. Pero cuando comencé a tener conciencia de él, fué como si una mano hubiese vertido, secretamente, en mi infantil copa de miel, algún elemento que le daba un nuevo sabor".

Aquello que antes le fascinaba y le producía arrebatos de placer, como, por ejemplo, el espectáculo de una floración de millares de verbenas rojas cubriendo metros y metros del húmedo y verde pasto de la pampa, espectáculo que lo obligaba a bajarse del caballo y a echarse de bruces en el suelo a contemplar su fresca

B A B E L

y magnífica belleza; o el azul del cielo, el reflejo del sol sobre el agua, el olor de la tierra seca o húmeda, el viento y la lluvia, los pájaros y sus preciosos huevos, el grito del pluvial dorado volando de regreso a sus tierras del norte, todo eso empezó a tener para él otro valor, otro significado, otra atracción, tan profundo todo ahora que, como en el caso de las puestas de sol o en el aspecto de los árboles en la noche, al placer se unía un inexplicable e insoportable sobrecogimiento y temor.

Una flor fué la que le produjo, por primera vez, la sensación que Hudson califica de mágica, o sea, de algo que se crea por sus propios medios o que surge, aparentemente, de la nada, con una expresión y una individualidad propias. Tenía alrededor de nueve años cuando, en el curso de uno de sus paseos a caballo por la pampa, encontró, a cuatro o cinco kilómetros de su casa, una flor que le era desconocida. La planta, de un poco más de quince centímetros de altura, crecía a la sombra de unos matorrales de cardos. Tenía tres tallos cubiertos de largas y estrechas hojas, vellosas y suaves al tacto y provistas de acerada punta; cada tallo estaba coronado de racimos de flores un poco más grandes que los de la valeriana roja y eran de color rojo pálido y singular forma, pues las puntas de los pétalos se enrollaban como formando un cartucho. La flor, en realidad, no era más hermosa que otras que se encontraban en la pampa, pero, a pesar de esto, se convirtió para Hudson en una de sus flores sagradas. ¿Por qué? ¿Tal vez porque le era desconocida y él pensaba haber sido el primero en verla? ¿Tenía la planta o tenía la flor alguna forma, color o expresión especial? No lo sabemos ni tampoco Hudson lo sabía ni lo supo. Su madre, a quien mostró orgullosamente la flor, no supo decirle, por otra parte, en qué residía el encanto de aquella desconocida flor pampera.

Desde ese momento, sin embargo, y durante mucho tiempo, jamás dejó Hudson de buscarla cuando salía a vagar a pie o a caballo por la pradera. Nunca halló más de tres o cuatro en una misma estación y nunca juntas en un mismo lugar; crecían siempre a varias millas de distancia unas de otras.

B A B E L

Años después, siendo ya hombre, al saber que en la vecindad de la casa de los veinticinco ombúes, a donde habían vuelto a vivir, habitaba un señor, de nacionalidad belga, que se dedicaba a la botánica, recurrió a él y como no pudiera encontrar ningún ejemplar de la planta, se la describió y aún llegó a dibujarla. ¿Qué planta era esa? ¿La había alguien descubierto antes que él? ¿Cómo se llamaba? Después de mucho buscar en sus libros, el botánico logró identificar la planta: la especie era conocida desde hacía treinta años y su descubridor había sido un inglés, individuo que había enviado semillas y raíces de ella a las sociedades botánicas de Europa. La planta llevaba su nombre y se la encontraba ya en los jardines europeos.

Para Hudson, claro está, todo esto no fué suficiente, y así como antes se había apasionado por la planta, se apasionó ahora por el hombre. Los libros no decían quién era, cómo había vivido ni si estaba vivo o había muerto. El necesitaba saberlo. Recurrió a su padre y le preguntó si alguna vez había conocido a alguien que llevara ese nombre, nombre que también llevaba la planta y que valorizaba al hombre y a la flor. El padre le respondió que, efectivamente, había conocido en Buenos Aires a esa persona: era un inglés, comerciante de profesión, hombre amable y de agradables maneras, soltero, que vivía un poco recluso en una casa que le pertenecía y que ocupaba los días de fiesta y sus vacaciones en errar por la pampa, cargado de su herbario, buscando plantas raras. Había muerto hacía algunos años, tal vez veinte o más.

“Lamenté que hubiera muerto —dice Hudson— y sentí el deseo de buscar su tumba y de plantar sobre ella la flor que llevaba su nombre. Seguramente, él había sentido, al descubrirla, el mismo enigmático sentimiento que yo experimenté cuando la ví por primera vez. Quizá si, cerca de sus huesos, las raíces profundas y eternamente vivas, y, por encima de ellas, la flor, a los rayos del sol, le habrían llevado en sueños preciosos recuerdos, si es que alguna vez un sueño pudiera visitarlo en su largo dormir sin despertar...”

BABEL

Ese sentimiento, como ya lo hemos dicho, era despertado por innumerables objetos, aves, animales o plantas, pero principalmente por los árboles y variaba de intensidad según la hora, el lugar y el aspecto de estos últimos, siendo particularmente intenso en las noches de luna. Y muchas veces, después de haber experimentado esa sensación, Hudson volvía de nuevo al mismo lugar, a la misma hora y a los mismos árboles, para experimentarla de nuevo.

“Cuando la luna estaba en su plenitud —dice—, me deslizaba, solo, fuera de la casa, y me quedaba, silencioso e inmóvil, cerca de un gran grupo de árboles, mirando el sombrío follaje verde, plateado ahora por los rayos lunares. Entonces la misteriosa impresión crecía hasta que el encanto que yo sentía por la vista de los árboles se trocaba en terror y el terror aumentaba hasta el punto de serme insoportable. Huía, entonces, a todo correr, hacia la casa, buscando allí, en medio de la luz y de mis familiares, la realidad y la seguridad. A la noche siguiente, sin embargo, salía de nuevo y me dirigía furtivamente hacia el lugar donde yo sabía que el efecto era más intenso, generalmente entre las acacias blancas que daban su nombre a nuestra estancia y cuyo follaje suelto, semejante a plumas, tomaba durante la noche un aspecto singularmente desgredado, dando a esos árboles una apariencia más viviente que la que tenían otros y pareciendo con ello más conscientes de mi presencia y más atentos a protegerme”.

Hablando sobre el asunto, Hudson agrega: “En nuestros tiempos dedicados a la ciencia, el animismo que persiste en el adulto ha sido tan influenciado, tan transformado por la cruda luz de la razón, que apenas si se le reconoce en lo que, libre o vagamente, se llama “sentimiento de la naturaleza”. Finalmente: “Me ha parecido siempre que esa facultad o ese instinto sentido por un espíritu en el alba de su vida, es de carácter esencialmente religioso, instinto que es, sin ninguna duda, la raíz de todo culto a la naturaleza desde el más primitivo fetichismo hasta el más desarrollado y elevado panteísmo”.